

currencia; de donde se sigue que la vocacion de Abraham pudo caer hácia el año del mundo..... 2237

La tercera edad duró desde la vocacion de Abraham hasta la salida de Egipto 430 años; desde este suceso hasta el reinado de David cerca de 436, mas en la concurrencia de estas dos sumas se pierde un año; no darán pues mas que 865; de donde se sigue que el principio del reinado de David podrá caer en el año del mundo..... 3102

La cuarta edad, desde el principio del reinado de David hasta el del cautiverio de Babilonia bajo de Nabucodonosor, contiene los 80 años de los reinados de David y Salomon, y casi 350 desde el cisma de las diez tribus hasta la mision de Jeremias que duró 22 años ántes del cautiverio; mas en la concurrencia de estos años podrán perderse dos ó tres, de suerte que el periodo se reducirá á la duracion de cerca de 450 años y aun 449, y el cautiverio de Babilonia comenzará hácia el año del mundo..... 3551

La quinta edad desde el cautiverio de Babilonia hasta el nacimiento de Jesucristo, duró como se acaba de ver 606 años; mas en la concurrencia de esta edad con la precedente hay un año que perder; de donde se sigue que el nacimiento de Jesucristo podrá caer hácia el fin del año del mundo..... 4156

Retrocediendo desde aquí, encontraremos que la creacion del universo caerá hácia el año.....	4156	} Antes de la era cristiana vulgar.
El diluvio hácia el.....	2507	
La vocacion de Abraham por el de.....	1920	
El reinado de David por el de.....	1055	
El cautiverio de Babilonia por el de.....	606	

Resta ahora examinar la era cristiana vulgar. ¿Comienza exactamente en el nacimiento de Jesucristo? Esto lo discutiremos en la Disertacion sobre los años del Salvador.

COMPENDIO DE LA HISTORIA

DE

LOS REINOS DE ISRAEL Y DE JUDA,

EN QUE SE CONSIDERA PRINCIPALMENTE EL ESTADO DE LA RELIGION EN ELLOS, DESDE QUE SE SEPARARON, HASTA SU DESTRUCCION, PARA FACILITAR LA INTELIGENCIA DE LAS PROFECIAS.

I.
Para enten-
der las prof.

PARA entrar en el espíritu de los profetas y comprender bien sus predicciones, es preciso tener una idea distinta del estado de los

reinos de Israel y de Judá con respecto á la religion. Este era el primero y mas importante objeto de las profecias tomadas segun el sentido inmediato y literal, por lo que nos resolvemos á presentar aquí reunido lo que la Escritura nos enseña sobre este punto con mas claridad y distincion. En general, todo el mundo sabe bastante que la religion de los Hebreos sufrió muy grandes variaciones despues de la muerte de Salomon y el cisma de las diez tribus; pero hay pocos que sepan distintamente, y en particular, en qué consisten estas variaciones, quienes fueron sus autores, y por qué grados se llegó á tal punto de desórden y de irreligion, que atrajo por fin la ira de Dios sobre aquellos dos reinos, y los hizo perecer. Esto es lo que procuraremos desenvolver aquí, subiendo hasta el tiempo de Salomon, bajo cuyo reinado comenzaron los desórdenes que se difundieron luego en los dos reinos formados despues de su muerte.

Acaso no se ha visto jamas un ejemplo mas funesto de la influencia que tienen las buenas ó malas acciones de los principes sobre el espíritu y la conducta de sus súbditos, que el que nos presenta la historia en la persona de Salomon y de los principes que despues de él se dividieron la autoridad que Dios le habia confiado. Este monarca, cuya sabiduria é insensatez, cuya elevacion y caída sabe todo el mundo, y que parecia suscitado para enseñar á todos los hombres, con su propio ejemplo, hasta donde puede Dios elevar por su gracia el corazon y el espíritu humano, y hasta donde es capaz de extraviarse el hombre abandonado á sí mismo, por haber dejado á Dios; este monarca en los últimos años de su vida se entregó al amor de las mugeres, y despues á la idolatría (1). No solo tuvo la debilidad de consentir que las mugeres extranjeras, con quienes se habia desposado contra la ley, adorasen á sus falsos dioses; sino que les edificó templos, y él mismo se postró ante los ídolos. He aquí el primer origen del torrente de males que inundó despues á los reinos de Israel y de Judá.

Este pueblo naturalmente inclinado á la idolatría, no esperaba para entregarse con libertad á esta propension, sino el que se le autorizase para ello con el silencio ó el ejemplo de sus principes. Seguro de la impunidad, y quitado el freno del temor, se precipitó en el culto impío de los falsos dioses con una rapidez admirable. Y si de tiempo en tiempo suscitaba Dios en el reino de Judá algunos principes llenos de piedad y celo; si los profetas con sus exhortaciones, sus amenazas ó su autoridad, suspendian por algun tiempo en Judá ó en Israel aquel torrente impetuoso, luego que este obstáculo se removía, el pueblo arrebatado por su inclinacion y por sus hábitos, se dejaba llevar de nuevo con mas ardor, y se indemnizaba en cierto modo, bajo de un rey impío, de lo que no habia podido ejecutar su impiedad en otro reinado.

(1) 3. Reg. xi. 1. et seqq.

cias, es necesario conocer el estado de la religion en los dos reinos de Israel y de Judá que son el principal objeto de esas mismas profecias.

II.
Infidelidad de Salomon, origen de la inundacion de males que sufrieron despues Israel y Judá.

ARTICULO I.

Estado de la Religion en el reino de Israel desde el cisma de las diez tribus, hasta la ruina del mismo reino.

I.
Cisma de las diez tribus. Reinado de Jeroboam. Infidelidad á que las arrastró este príncipe.

El Señor irritado por las infidelidades de Salomon, le habia declarado (1) que su reino se dividiría despues de su muerte; y habia hecho anunciar á Jeroboam (2), hijo de Nabat, de la tribu de Efraim, que despues de la muerte de Salomon, reinaria sobre diez tribus. En efecto, muerto este, y habiéndole sucedido su hijo Roboam (3) Jeroboam, que se habia refugiado á Egipto volvió á la tierra de Israel, y se presentó al rey á la frente de todo el pueblo para pedirle la disminucion de los impuestos de que se hallaba cargado; y habiendo Roboam respondido con dureza despues de tres dias de dilacion, diez tribus le abandonaron, y eligieron rey á Jeroboam, no permaneciendo fieles al primero, sino las dos tribus de Judá y Benjamin.

Viéndose Jeroboam á la cabeza de las diez tribus que se habian rebelado contra su príncipe, temió que si el pueblo volvía á Jerusalen á celebrar allí las fiestas del Señor (4), se dejaría insensiblemente ganar á la vista de las ceremonias, y persuadir con las exhortaciones y reprensiones de los sacerdotes, ó que en fin los reyes de Judá recobrasen su afecto por vías contrarias á las que le habian enagenado de Roboam. Quiso, pues, romper todo comercio entre su pueblo y el de Judá, é inventó un nuevo culto para fijar la religion de sus vasallos y contener su inconstancia. Mas era demasiado buen político para hacer pasar al pueblo repentinamente de un extremo á otro: sabia que estas mudanzas demasiado precipitadas y bruscas son siempre peligrosas, principalmente en punto de religion. Dejó á los pueblos la libertad de seguir las leyes judiciales y aun ceremoniales de Moises en muchos puntos: conservó los sacrificios, los convites de devocion, las fiestas del Señor y las asambleas religiosas (5). Estas eran prácticas fáciles y agradables á que el pueblo estaba acostumbrado desde mucho tiempo. Conservó de los sacerdotes y levitas, á los que quisieron renunciar la religion primitiva, y dejar los antiguos ritos para consagrarse al servicio de los becerros de oro (6) que habia hecho colocar en las dos extremidades de su reino: despidió de sus estados á los que permanecieron fieles al Señor, substituyéndoles otros que no eran de la familia de Levi, y si de los últimos del pueblo, á quienes hizo sacerdotes de los lugares altos que habia consagrado á los ídolos (7). No se oponia sin embargo directamente á la resolucio de los que adictos á la ley del Señor, no se determinaban á practicar el nuevo culto que habia introducido; una parte de los cuales se retiró al reino de Judá (8), quedando los otros en los estados de Israel.

[1] 3. Reg. xi. 11. et seqq.—[2] *Ibid.* v. 29. et seqq.—[3] *Ibid.* xii. 1. et seqq.—[4] 3. Reg. xi. 26. et seqq.—[5] Vide Amos, ii. 11. 12. iv. 4. 5. v. 21. 22. 23. vii. 3. 5. 10.—[6] Vide Ezech. xiv. 10. 11.—[7] 3. Reg. xiii. 33. *Fecit de novissimis populi sacerdotes excelsorum, etc. Vide et* xi. 31. et 2. Par. xi. 13. 14. 15. et xii. 9.—[8] 2. Par. xi. 16.

Así es que el reino de las diez tribus puede considerarse como un compuesto de tres clases de gentes por lo que respecta á la religion. Los primeros eran los buenos Israelitas, como los profetas Elias, Eliseo, Oseas, Amos, Jonas, y otros hombres fieles como Tobias Abdias, intendente del rey Acab, el esposo de la Sunamitis y otros muchos, que sostenidos con los ejemplos é instrucciones de los profetas, conservaban una exacta fidelidad al Señor; no tomaban parte ninguna en el cisma; concurrían cuando les era posible á Jerusalen para adorar al Señor en su templo; frecuentaban las asambleas de los profetas; conservaban el depósito de la fe con la pureza de costumbres; cumplían puntualmente las leyes de Dios, en una palabra, aquellas almas escogidas que el Señor se habia reservado, y que no habian doblado la rodilla delante de Baal (1). Bajo el reinado de Acab, en que el desorden llegó á su colmo, en que ya no era permitido dejar de ser ídolatra, y en que la persecucion fué tan violenta que el profeta Elias se creía el único de los profetas que hubiese escapado de la crueldad de Jezabel (2), aun habia siete mil hombres que no habian tomado parte en el culto de los ídolos.

Los segundos eran los Israelitas débiles y relajados, que no teniendo bastante fuerza para oponerse al torrente de la costumbre, ni bastante resolucio para resistir á las órdenes y autoridad del rey, y conservando por otra parte un fondo de temor al Señor y de respeto á sus leyes, se imaginaban sin razon poder conciliar el culto del verdadero Dios con el de los becerros de oro. Iban por una parte á presentar sus ofrendas á los ídolos en Betel, y por otra frecuentaban las alturas consagradas al culto del Señor. Su culto era impuro, dividido y supersticioso; pero no se puede decir que habian abandonado enteramente al Señor. Ellos *cobcaban por ambos lados*, según la reprension que les hace Elias (3); ellos juraban por Jehova y por Baal ó por Moloc (4). Estos Israelitas, medios entre el sumo desarreglo y la observancia exacta de la ley, son principalmente á quienes se dirigen los discursos y las inectivas de los profetas. Eran como ovejas descarriadas á quienes el soberano Pastor no juzgaba enteramente indignas de sus cuidados. Eran como una esposa extraviada á quien su esposo quiere perdonar si vuelve á él (5), y de la que no quiere divorciarse para siempre y sin remedio.

En fin, la tercera especie de Israelitas eran los autores y fautores del cisma, los falsos profetas, los malos sacerdotes que, no contentos con tributar culto público á los becerros de oro y á Baal, atraían á él los hombres sencillos, y los mantenían en supersticiones; que lejos de curar las almas enfermas, les daban la muerte con sus malos ejemplos y cruel condescendencia. Ellos formaron siempre la mayoría en Israel, y su número y desarreglo se aumentó hasta tal punto, que Dios le abandonó como á un pueblo que ya no merecía sus cuidados ni su atencion, que ya no era digno de su ira, ni de su celo.

De ningun modo puede justificarse el culto de los becerros de oro. El objeto que propuso Jeroboam á su pueblo, no era dife-

II.
Tres clases de Israelitas en el reino de Israel, despues del reinado de Jeroboam.

III.
En vano han pretendido

(1) 3. Reg. xix. 18.—(2) 3. Reg. xviii. 22. xix. 10. 14. 13.—(3) 3. Reg. xviii. 21.—(4) Sophon. i. 5.—(5) Osee. ii. 5. 6.14. 15.

algunos justificar ó paliar el culto de los becerros de oro instituido por Jeroboam.

rente del que Aaron le habia presentado en el desierto. Uno y otro querian imitar el culto de impiedad é idolatría que los Egipcios tributaban á Apis. Jeroboam habia tomado este falso culto del Egipto donde habia vivido largo tiempo, lo mismo que los Israelitas del desierto, que habiéndose acostumbrado en aquel país á adorar al buey, quisieron conservar este culto en su viaje.

En vano pues han pretendido Monceaux y Grocio dar un colorido plausible á la conducta de Jeroboam. El primero (1) sostiene que este príncipe habia hecho aquellos becerros sobre el modelo de los querubines que estaban sobre el Arca, y que los Israelitae dirigian sus adoraciones al verdadero Dios, tributándoselas ante los becerros de oro. Supone que aquellos querubines tenian una figura de bueyes, ó que á lo menos esta forma era la que en ellos dominaba; y acusando á Jeroboam del cisma, pretende justificarle de la idolatría. ¿Cómo todo un pueblo, dice, adicto con obstinacion á sus usos, dejaría de repente el culto del Señor por consagrarse al de los ídolos? ¿Cómo habria obedecido á Jeroboam en una cosa de esta naturaleza? Aquel príncipe arriesgaba la pérdida de su reino, y podria el pueblo sublevarse contra él á la sola proposicion de que abandonase su ley y sus antiguas costumbres. Hubo siempre en el reino de Israel un cierto número de profetas del Señor y de hombres piadosos; y se dirá acaso que todos ellos eran culpables de idolatría, que vivian en paz y unidos en comunión con impíos é idólatras! ¿En dónde se ve que los profetas traten de idolatría el culto del becerro de oro? Cuando Elias hizo su famoso milagro sobre el monte Carmelo (2), no exigió del pueblo que renunciase aquel culto, y solamente le reprendió *el que se inclinase á los dos lados*, el que fuese de Dios y de Baal (3). Si el Señor es el verdadero Dios, ¿por qué no adorarle á él solo? Si lo es Baal, ¿por qué adorar con él al Señor? Si el pueblo estaba dividido en tres partes con respecto al culto, el profeta no habria dejado sin duda de hablar de la que tenia por sus dioses á los becerros de oro. Estas son las principales razones de aquel autor.

Grocio (4) tiene sobre esto otra idea que aun puede sostenerse ménos. Jeroboam era de la tribu de Efraim que descendía del patriarca José. Queriendo aquel príncipe usurpador inspirar á sus compatriotas una veneracion profunda hácia José, y conservar para sí mismo una autoridad permanente, pensó en presentar á los Israelitas el objeto de su culto bajo la misma forma en que el patriarca José lo habia sido en otro tiempo en Egipto, por reconocimiento de sus importantes servicios. Los Egipcios le hicieron representar bajo la forma de un buey, es decir, bajo la figura de Sérapis, y esta era á un tiempo la del patriarca José, y bajo la cual pretendia Jeroboam que los Israelitas de las diez tribus adorasen al Señor. Tal política era semejante á la de los emperadores romanos que afectaban ensalzar en todo caso la gloria de Eneas el Troyano, como el origen de una descendencia ilustre y sobrenatural que por orden de los mismos dioses y de los hados, debía poseer el reino de Italia y el imperio del mundo en la persona de sus descendientes:

(1) *Monceaux, tract. de Vitulo auro.*—(2) 4. Reg. 10. 11. 12.—(3) 3. Reg. xviii. 21.—(4) *Grot. in 3. Reg. Vide et Spencer Dissert. 5. de Origine arca, et cherub.*

Nascetur pulchra Troianus origine Caesar,
Imperium Oceano, famam qui terminet astra (1).

¡Mas qué de suposiciones falsas y aventuradas no contiene el sistema de este sabio! Es dudoso, es incierto, aun puede decirse que es falso que los Egipcios reconociesen á José bajo la figura de Sérapis, ni aun se conviene en que esta divinidad fuese antigua en el Egipto (2), y aun cuando lo fuese ¿qué prueba se nos da de que representase á José? Aunque esto fuese cierto ¿lo es acaso que Sérapis tuviese la figura de buey? Macrobio nos le pinta ciertamente de otro modo (3). Le supone tres cabezas; la de enmedio de leon, la derecha de perro y la izquierda de loba; y todo el cuerpo de la estatua está rodeado de una serpiente, cuya cabeza viene á salir á la derecha de la figura. ¿Es esta la imagen de los becerros de oro de Jeroboam?

Monceaux da por supuesto lo que puntualmente es objeto de la cuestion, cuando dice que los querubines tenian la figura de buey. Nada es mas incierto, nada es mas falso que esta suposicion. Se ignora absolutamente cual fuese la figura de los querubines, y se puede asegurar que en lo general no era constante, sino que se representaba de diversos modos segun la idea del que la mandaba hacer ó del que la trabajaba. Cuando fuese verdad que los querubines tuviesen alguna relacion con el buey ¿quién ha dicho á Monceaux que los becerros de oro de Jeroboam semejaban á los querubines del templo? ¿en qué lugar de la Escritura se da el nombre de *querubines* á estos becerros? ¿el mismo Jeroboam y sus artistas sabian qual era la figura de los querubines? ¿quién del pueblo y aun de los sacerdotes podia gloriarse de haberlos visto?

En fin, cuando se confesase todo esto, ¿se inferirá que el culto de los becerros de oro fuese legitimo? ¿permitiria Dios que se tributase á los querubines un culto soberano? ¿la prohibicion de adorar toda suerte de figuras no comprendia á los querubines? Mas se dirá: este culto no terminaba en las figuras, sino que se referia al Señor, lo mismo que en nuestra religion, el respeto que tributamos á las imágenes, se refiere á los originales que representan. Pero esto es suponer siempre lo que está en cuestion; fuera de que ¿habria Dios permitido este culto? ¿queria ser adorado bajo de formas sensibles? ¿no habia por el contrario prohibido expresamente todo culto de estatuas! Y cuando Aaron fundió el becerro de oro ¿no castigó Moises esta accion como una verdadera idolatría y como una injuria hecha á la divinidad (4)?

Es tambien un error manifesto el pretender que los profetas y hombres piadosos de Israel tomasen parte en el culto de los becerros de oro y que no condenasen sino el de Baal; pues no solo no le aprobaban, sino que le condenaban en toda ocasion. ¿Se vió acaso á Elias, á Eliseo, á Oséas, ó á Amos ofrecer incienso á estas figuras? ¿Con qué vehemencia no habló contra este culto impio el profeta del Señor enviado de Jerusalem á Betel el mismo día de la de-

(1) *Æneid. 1.*—(2) Véase *Tacit. histor. lib. iv.*—(3) *Macrob. lib. i. c. 20.*—(4) *Esod. xxxiii. 4. 27. 28. 1. Cor. x. 7.*

dicacion de estos becerros y de su altar (1)! Los adoraba acaso el profeta de Betel que engañó al de Judá (2)? Si los hubiese adorado ¿se habria quedado en su casa durante aquella ceremonia? ¡Como habla Oseas de este culto (3)! *Ellos se han formado ídolos con su oro y con su plata. Tu becerro se ha echado por tierra, ó Samaria. Mi indignacion se ha encendido contra ellos... ellos ofrecerán sacrificios, y el Señor no los recibirá &c.* y en otra parte: *Los habitantes de Samaria han adorado las vacas de Betaben ó de la casa de iniquidad (así nombra á Betel por irrisión). Su pueblo está en la afliccion á causa de la pérdida de su ídolo. Se le ha enviado como un presente al rey de Asiria que ha venido en socorro de Israel (4).* En fin, él los amenaza con que reducirá á polvo y destruirá los becerros de oro como las telas de la araña (5) *Et araneorum telas erit vitulus Samariae.*

El profeta Amos, habiéndose transportado á Betel, le anuncia de parte de Dios (6), que las alturas consagradas al ídolo serian abatidas; que los lugares consagrados en Israel serian destruidos, y que la casa de Jeroboam seria exterminada por el cuchillo. ¡Cuántas veces no reprende la Escritura á este príncipe por haber hecho pecar á Israel? ¡Cuántas no reprende á los otros reyes impíos por haber imitado los pecados de Jeroboam? Es preciso, pues, reconocer que el culto de los becerros de oro era una verdadera idolatría, y que las diez tribus no solo eran culpables del mismo, sino tambien de un culto impio y sacrilego. Es verdad que la prohibicion de los reyes que no permitian ir á Jerusalem, las penas con que castigaban á los que iban, á pesar de esas prohibiciones, y permanecian adictos al culto del Señor, podian ser una especie de excusa á su debilidad; ¡pero esas penas y esas amenazas debian ser mas respetadas que las del Señor, y que la sumision debida á sus preceptos!

El mismo espíritu que hizo inventar á Jeroboam el culto impio del becerro de oro, forjado á semejanza del toro Apis adorado en Egipto, le hizo proponer al pueblo el macho cabrio, como objeto de sus adoraciones. *El estableció, dice la Escritura, sacerdotes de los lugares altos, y de los machos de cabría y becerros que habia hecho (7);* y esas fueron las mismas divindades que los Hebreos, á pesar de las severas prohibiciones de Moises, habian adorado en otro tiempo en el desierto (8). No se puede dudar de que mezclasen con este culto impio todas las deshonestidades y abominaciones que los autores profanos (9) echaban en cara á los Mendesianos, adoradores del macho de cabría en el Egipto.

Volvamos á tomar el hilo de nuestra historia. Habiendo Jeroboam separado de este modo la mayor parte de sus vasallos del culto del Señor, y obligádolos al de los becerros de oro, no cuidó ya de examinar de qué manera se gobernaban en su religion, con tal que no fuesen á Jerusalem. No mirando la religion sino co-

IV.
Supersticio-
nes añadidas
al culto de
los becerros
de oro bajo
el reinado de
Jeroboam.

(1) 3. Reg. xii. 1. et seqq.—(2) *Ibid.* v. 11.—(3) Osee, vii. 4. 5. et 13.—(4) Osee, x. 5. 6.—(5) Osee, viii. 6.—(6) Amos, vi. 9.—(7) 2. Par. xi. 15. Qui constituit sibi sacerdotes excelsorum, et daemoniorum (hebr. et hircorum) vitularumque quos fecerat.—(8) *Levit.* xvii. 7. Nequaquam ultra immolabunt bestias suas daemionibus (hebr. hircis), cum quibus fornicati sunt.—(9) *Herodot.* lib. ii. c. 46.

mo un asunto político y un lazo que ligaba los pueblos entre sí pensaba que cuanto mas se alejase de Judá los Israelitas, mas se afirmaria su dominacion; y que cuanto mayores fuesen las supersticiones que las diez tribus mezclasen en su culto, mayores obstáculos tendrian para su reunion con Judá. Los abandonó pues á sí mismos, y bien pronto se llenó todo su reino de alturas, de bosques, de altares consagrados, á donde el pueblo inconstante y voluble iba á practicar los ejercicios de una devocion extravagante, arbitraria y toda de su propia eleccion (1). No solo se frecuentaba á Betel y Dan, donde el rey habia colocado sus becerros, sino que tambien se concurría á Gálgala, al Carmelo, al Tabor, á Masfa del otro lado del Jordan, y á Siquem; en una palabra, á todos los lugares célebres, por alguna aparicion, ó por algun hecho notable de los patriarcas. Los lugares en que habian morado, y donde habian erigido altares, lo fueron de peregrinacion y devocion para todo Israel, exceptuando siempre los profetas y las personas piadosas que conservaron en toda su pureza el depósito de la religion que habian recibido de sus padres.

La herida que hizo Jeroboam á la religion, no pudo jamas curarse ni cerrarse. Nadab su sucesor fué un fiel imitador de sus desórdenes, y Dios le entregó á sus enemigos que exterminaron toda la casa de Jeroboam (2). Baasa, que reinó despues de él, siguió los mismos caminos (3); aun excedió sus iniquidades, y condenó á muerte al profeta Jehú que le amenazaba con la ira del Señor (4). Los príncipes que sucedieron á Baasa, fueron todos sin excepcion impíos, violentos y verdaderos tiranos, mas bien que reyes. Amri se distinguió entre los otros por su impiedad (5), y fué mas perverso que todos sus predecesores: *Operatus est nequiter super omnes qui fuerunt ante eum.*

Pero Acab su hijo hizo ver que aun podia llevarse mas adelante la impiedad. Casó con Jezabel, hija del rey de Tiro, é introdujo en Israel el culto público y solemne de Baal, dios de los Sidonios (6). En su reinado suscitó el Señor á Elias, uno de los mas celosos é ilustres profetas del Antiguo Testamento, que se opuso siempre con firmeza á todas las impiedades de Acab y de Jezabel. Dios le conservó de una manera milagrosa en medio de las persecuciones y asechanzas. El desorden era tan general, y se hallaba tan olvidado el nombre del Señor en Israel, que Elias no creia que habiese quedado con él un solo profeta (7). Jezabel hizo morir á todos los que pudo prender (8), y los otros se vieron obligados á salvarse ó ocultarse en las cuevas. Ella creó hasta cuatrocientos cincuenta falsos profetas de Baal, y cuatrocientos de los bosques consagrados á los ídolos, á quienes mantenía de su propia mesa; y estos eran los ministros del culto público que habia establecido en el pais (9).

En su reinado se hizo aquella prueba famosa en que Elias demostró la verdad de su religion contra la de los falsos profetas y sacerdotes de Baal, haciendo caer fuego del cielo sobre el holocausto

(1) *Vide* 3. Reg. xii. 32. 33. et xiv. 9. *Operatus est mala super omnes qui fuerunt ante se, et faciebat illi deos alienos et confabiles, etc.*—(2) 3. Reg. xv. 22.—(3) *Ibid.* v. 34. et xvi. 5.—(4) *Ibid.* xvi. 7.—(5) *Ibid.* xvi. 25.—(6) 2. Reg. xvi. 31. 32. 33.—(7) *Ibid.* xviii. 22. et xx. 10.—(8) *Ibid.* xviii. 4.—(9) *Ibid.* xviii. 19.

V.
Reinado de
los sucesores
de Jeroboam
hasta Acab.

VI.
Reinado de
Acab, en el
cual se pre-
senta el
culto de Elias.

que ofrecia al Señor, despues que los adoradores de Baal habian empleado inútilmente todas sus invocaciones para hacerle descender sobre el que ellos ofrecian á su idolo (1). El asunto de Nabot, acusado con tanta injusticia y condenado por orden de Jezabel, hace ver bastante hasta qué punto llegaron á olvidarse la religion y la justicia en un reinado tan corrompido (2). En fin, la Escritura ha grabado estos rasgos indestructibles sobre la memoria de Acab: *No se vió jamas otro semejante en impiedad. El fué como vendido para hacer el mal delante del Señor; Jezabel su esposa le arrastró al crimen. El se hizo abominable hasta adorar los idolos de los Amorreos que el Señor habia exterminado delante de Israel* (3).

VII.
Reinado de
Ocozias y de
Joram.

Acab tuvo por sucesor á Ocozias, que le imitó en todos sus desórdenes (4). El culto de Baal subsistió en su reinado. Las colinas y alturas sacrilegas, y los altares consagrados en los lugares de devocion, eran el menor mal que reinaba entónces en Israel. Joram, sucesor de Ocozias, hizo alguna especie de reforma en este punto, porque en aquel estado en que Dios no era casi conocido, ni se le obedecia, los principes se habian declarado gefes de la religion, y daban leyes al pueblo, que tenia la debilidad de obedecer mas al hombre que á su Dios. Joram abolió, ó reprimió á lo ménos, el culto de Baal (5), destruyendo las estatuas de esta divinidad fenicia, y contentándose con mantener los becerros de oro, y el resto del culto impio establecido por Jeroboam, hijo de Nabat. Algo era no ser entérnamente malo en un tiempo tan desgraciado; y en algun modo es alabar á un rey de Israel el decir que reprimió los desarreglos mas enormes. En su tiempo se veian en casa de los profetas las asambleas de la religion, y se tenian principalmente los sábados, y en las neomenias; por eso habiendo ido la huésped de Eliseo en Sunam á ver al profeta en dia de trabajo, su marido le dijo: *¿Por qué vas hoy, no siendo sábado ni neomenia* (6)? Se veian asimismo muchos profetas que ejercian tranquilamente su ministerio, y que vivian en comunidad, como los religiosos entre nosotros (7). Joram tenia mucho respeto á Eliseo; y el profeta miraba tambien con consideracion á este principe, que sin disputa fué el ménos malo de los que reinaron sobre las diez tribus. Aun puede decirse que tenia piedad y temor del Señor, pues todo el pueblo fué testigo del ciliicio con que vestia su carne desnuda (8) durante el sitio de Samaria por los Siros, y gustaba de cir las maravillas que el Señor habia obrado por Eliseo (9); mas todo esto no le libró de los males que los profetas habian anunciado á la casa de Acab. Joram fué muerto por Jehú, y arrojado en el campo de Nabot, aquel campo que habia usurpado Acab injustamente (10).

VIII.
Reinado de
Jehú, de Jo-
az y de Joas

Jehú acabó de arruinar el culto de Baal, que Joram habia ya proscribo en sus estados. Este no habia podido arruinar entérnamente la mala raiz que subsistió todo el tiempo que vivió Jezabel, pero Jehú, enviado de Dios para exterminar la familia de Acab, despues de haber hecho morir á todos sus hijos, reunió á los sacerdotes y profetas de Baal, á pretexto de ofrecerle un sacrificio

(1) 3. Reg. xviii. 20. et seqq.—(2) 3. Reg. xxi. 1. et seqq.—(3) *Ibid.* v. 25. 26.—(4) 3. Reg. xxii. 54.—(5) 4. Reg. iii. 2.—(6) 4. Reg. iv. 23.—(7) 4. Reg. iv. 38. et vi. 1.—(8) 4. Reg. vi. 30.—(9) 4. Reg. viii. 4. 5.—(10) 4. Reg. ix. 24. 25.

solemne, y los hizo pasar á cuchillo, sin que escapase uno solo. Demolió el templo, rompió y quemó las estatuas, y convirtió en basurero la plaza en que estaba (1). Asi fué abolido el culto de Baal en Israel; pero Jehú no tocó á los becerros de oro (2), mirando esta falsa religion como la antigua del país establecida por Jeroboam, hijo de Nabat, fundador de aquel reino.

Sus sucesores imitaron en esto su política ó sus falsos respetos, y en tiempo de Joacaz se iba públicamente á Betel y á Dan, y aun habia un bosque consagrado á los idolos en Samaria (3); lo que hace creer que este principe toleró el culto de Baal y Astarot. Joas, hijo de Joacaz, tuvo consideracion á Eliseo (4), y este profeta le predijo tres victorias que ganó sobre los reyes de Siria; pero no tuvo fortaleza para resistir al ejemplo de sus predecesores, y continuó él y su pueblo en el culto de los becerros de oro.

IX.
Reinado de
Jeroboam.

El reinado de Jeroboam II. es notable por varios aspectos. Hubo en su tiempo diversos profetas, y tenemos los escritos de algunos que nos muestran que reinó con tanto ó mas esplendor y felicidad que ninguno de los que le habian precedido. Ganó muchas ventajas sobre sus enemigos, extendiendo las fronteras de sus estados, y se hizo dueño de muchos países; mas tambien en su tiempo se inundó, por decirlo así, todo el reino de Israel de la corrupcion que suelen producir las riquezas, la ociosidad y la paz; se vieron reinar la molición, la suntuosidad y la injusticia (5). No se repende á Israel por haber adorado á Baal despues del reinado de Jehú, que demolió sus templos, é hizo morir á sus sacerdotes. Tambien es notable que en el reinado de Jeroboam (6) se observaban muchos puntos de la ley de Dios, se consagraban nazarenos, se pagaban primicias y diezmos, se ofrecian diversas clases de sacrificios, se cantaban los cantares del Señor, y se observaban las fiestas y el sábado; pero en lo demas la licencia era extremada. Se multiplicaban los lugares altos y las peregrinaciones supersticiosas; y á mas de Dan y Betel (7) se iba á Bersabée (8), que era una nueva conquista de aquel principe. Esto es lo que llamaban *los altos lugares de Isaac* (9), porque este patriarca habia erigido allí en otro tiempo un altar, y plantado un bosque (10). Se iba tambien á Masfa, del otro lado del Jordan, en las montañas de Galaad (11), donde Jacob y Laban habian erigido un monumento de su alianza (12); en fin, se frecuentaba á Gálgala (13), lugar célebre por haber morado allí el pueblo bajo el mando de Josué; y Oseas dice que en su tiempo habia en él becerros de oro (14). El Tabor (15), el Carmelo, y casi todas las montañas de Israel eran frecuentadas, y en ellas se habian erigido altares.

Zacarías, sucesor de Jeroboam II. y el último de la descendencia de Jehú, siguió las huellas de sus padres, permitiéndolo todo, ménos el culto de Baal. En su tiempo cayó sobre la familia de Jehú la sangre que este habia derramado en el valle de Jezrael (16). Ella

X.
Ultimos
tiempos del
reinado de
Israel desde

(1) 4. Reg. x. 25. 26. 27.—(2) 4. Reg. x. 29. et seqq.—(3) 4. Reg. xiii. 2. 6.—(4) 4. Reg. xiii. 14. et seqq.—(5) Amos. ii. 6. et seqq. iii. 9. 10. 14. 15. vi. 4. et seqq. viii. 4. 5.—(6) Amos. ii. 11. 12. iv. 4. 5. v. 22. 23. viii. 3. 5. 10.—(7) Amos. vii. 13.—(8) Amos. v. 5. viii. 14.—(9) Amos. vii. 9. Denoluntur excelsa idolis. (Hebr. excelsa Isaac.)—(10) Genes. xxvi. 25.—(11) Osee. vi. 8.—(12) Genes. xxxi. 45. 46.—(13) Osee. iv. 13. ix. 15.—(14) Osee. xii. 11.—(15) Osee. v. 1.—(16) Osee. i. 4.

Jeroam II.
hasta la rui-
na de Sama-
ria.

fué exterminada por Sellum, y desde este tiempo hasta la destrucción completa del reino de Israel, no se vió en él otra cosa que desórdenes, muertes y guerras civiles; la corrupción de costumbres y los desórdenes de la religion habían llegado á su colmo (1); y el Señor, cansado de tantos crímenes (2), abandonó en fin su pueblo á los reyes de Asiria, que arruinaron el reino y la ciudad de Samaria, y transportaron el pueblo mas allá del Eufrates.

La Escritura nos presenta un cuadro espantoso de los males que atrajeron estas últimas desgracias: *Los Israelitas se abandonaron al culto de los dioses extráneos, y marcharon por los caminos de las naciones que el Señor había destruido en su presencia, Erigieron lugares altos en sus ciudades, desde la torre de los Pastores hasta la ciudad fortificada. Levantaron altares y estatuas sobre todas las alturas y en todos los bosques cargados de verdor; allí quemaban incienso como los pueblos idólatras que el Señor había arrojado delante de ellos. En vano los profetas les advertían que recurriesen al Señor, ellos endurecían su corazón y sacudían el yugo, como lo habían hecho sus padres; resistían á las órdenes del Señor, y renunciaban á la alianza que había hecho con ellos. Adoraron los becerros fundidos, consagraron los bosques de altos árboles, hicieron sus adoraciones á Baal y á todo el ejército del cielo; hicieron pasar sus hijos y sus hijas por el fuego, se entregaron á los agüeros y á la adivinación; y en fin, se vendieron para hacer el mal, y quedaron como esclavos del pecado* (3).

Los profetas nos describen estos últimos tiempos como llenos de confusión y de abominación (4), en que la injusticia, la violencia, la idolatría, reinaban impunemente en el país. Los Israelitas no seguían otras reglas ni otros ejemplos que los de Amri y Acab; el mejor de ellos era como la zarza, y el mas justo como la espina: no había buena fe, ni piedad, ni rectitud. Los que debían impedir el mal, eran los primeros en cometerle: los malos se sostenían y prestaban mutuamente la mano; y todo esto atrajo sobre ellos las venganzas del Señor que les fueron anunciadas por los profetas Oseas, Amos, Isaías y Miqueas.

ARTICULO II.

Estado de la religion en el reino de Judá, desde el reinado de Salomon hasta el cautiverio de Babilonia.

I.
Compara-
ción del esta-
do de la reli-
gion en los
dos reinos de
Israel y de
Judá.

El reino de Judá tuvo en punto á la religion grandes ventajas sobre el de Israel. En él estaba la ciudad santa y el templo del Señor; en él se veían los sacerdotes de la familia de Aaron hábiles, atentos, celosos y dedicados por deber, por religion y por interés, á instruir y contener al pueblo en sus obligaciones. Hubo un cierto número de principes de piedad y celo como Asa, Josafat, Joas, Amazías, Ozías, Joatan, Ezequías, y Josias. El desórden por consiguiente fué ménos continuo y ménos extenso; pero cuanto ma-

(1) Osee, iv. 1. et seqq. — (2) 4. Reg. x. 32. *In diebus illis cepit Dominus tacere super Israel.* — (3) 4. Reg. xvii. 7. et seqq. — (4) Mich. i. 7. et iii. 1. et seqq. vi. 15. vii. 1. et seqq.

yores eran las ventajas de los hijos de Judá, era mas criminal su infidelidad cuando abandonaban al Señor. Por eso su Magestad los reprende por boca de sus profetas, de haber aventajado con sus excesos á los crímenes de Samaria (1), de suerte que segun la expresion del Señor, el rebelde Israel parecerá justo, si se compara con el pérfido Judá (2).

Roboam, hijo de Salomon, temiendo acaso que el resto del pueblo que había quedado fiel, imitase la inconstancia de las diez tribus, si queria contenerle en sus prácticas de religion, le dió sobre este punto una entera libertad, y bien pronto se hizo Judá tan corrompido como Israel (3). Erigieron altares sobre todas las colinas y bajo todos los árboles frondosos; consagraron en todas partes bosques y estatuas á los dioses falsos, y se vieron en este país hombres y mugeres que se hicieron una religion de las maas vergonzosas obscenidades y de las abominaciones que habían hecho exterminar á los antiguos pueblos de Palestina.

Abia, sucesor de Roboam, siguió las huellas de su padre (4); pero Asa, hijo de Abia, fué un príncipe lleno de piedad y celo (5); destruyó los ídolos que sus predecesores habían levantado ó permitido, y desterró del país las abominaciones y deshonestidades monstruosas, y aun apartó á su madre Maaca de la presidencia que tenia en las ceremonias profanas, y vergonzosas de Priapo. No se le echa en cara mas que una cosa, y es, haber tolerado los sacrificios y peregrinaciones de los lugares altos: á la verdad, no se adoraba en ellos sino al Señor; pero aquel culto no era legítimo despues que Dios había escogido el templo de Jerusalem. Josafat, hijo y sucesor de Asa, imitó á su padre, y en su reinado se vió florecer la religion en Judá: él acabó de arruinar los restos de las abominables impurezas que su padre no había podido desarraigar del todo (6).

Joram, hijo de Josafat, arruinó todo lo que habían establecido tan sabiamente su padre y abuelo, é hizo pasar al reino de Judá todos los desórdenes que Jezabel había introducido en el de Israel (7). Casó con Atalia, hija de Acab, y adoró á los dioses de los Fenicios. Ocozias su hijo, imitó todas sus impiedades (8), habiéndose enlazado del mismo modo que él, con la casa de Acab, que era por decirlo así, la fuente de todos estos males en la religion. Así fué justamente envuelto en la venganza de Dios contra la familia de Acab. Jehú en un mismo dia quitó la vida á Joram, rey de Israel, y á Ocozias, rey de Judá (9).

El falso culto, de Baal continuó en Judá todo el tiempo que reinó Atalia, madre de Ocozias; pero al principio del de Joas, renovó Joiada la alianza con Judá en nombre del Señor; y el pueblo armándose de celo y fortaleza, destruyó el templo de Baal, arruinó sus estatuas y dió muerte á Matan, sacerdote de esta falsa divinidad, ante su mismo altar (10). Joas sostuvo perfectamente estos felices principios hasta la muerte del gran sacerdote Joiada, cuyos consejos miraba con respeto; pero la Escritura le hace una reprehension

(1) Ezech. xvi. 51. — (2) Jerem. iii. 11. — (3) 3. Reg. xiv. 22. 23. 24. — (4) 3. Reg. xv. 3. — (5) *Ibid.* v. 11. et seqq. — (6) 3. Reg. xxi. 43. 44. 47. — (7) 4. Reg. viii. 13. — (8) 4. Reg. viii. 27. — (9) 4. Reg. ix. 23. 24. 27. — (10) 4. Reg. x. 17. 18.

II.
Reinado de
Roboam, de
Abia, de A-
sa y de Jo-
safat.

III.
Reinado de
Joram, de O-
cozias, de A-
talia y de
Josafat.

de que casi ninguno de los mejores príncipes de Judá estuvo exento, y es, la de haber dejado subsistir los lugares altos en que el pueblo iba á sacrificar contra las órdenes del Señor (1). Tuvo cuidado de reparar el templo á los veinte y tres años de su reinado; pero despues que murió Joiada, los príncipes de Judá abandonaron (2) la casa del Señor, y se entregaron al culto de los ídolos, siendo seducido el mismo Joas que sufría estos desórdenes. La ira de Dios se inflamó contra Judá y Jerusalem, les envió profetas á quienes no escucharon: Zacarías, hijo de Joiada, les anunció la venganza del Señor, y fué apedreado en el pavimento del templo por orden del mismo Joas (3). El año siguiente, los de Siria vinieron á ejecutar las venganzas del Señor sobre Judá y hasta en Jerusalem, quedando muerto Joas por sus mismos oficiales.

IV.
Reinado de
Amasías y
de Ozías.

Amasías su hijo le sucedió, y en los primeros años de su reinado (4) obró con justicia delante del Señor; pero habiendo ganado una victoria sobre los Idumeos, quitó de su país los ídolos que ellos adoraban, los hizo sus dioses, los adoró y les ofreció incienso (5). El Señor le reprendió por boca de su profeta; pero no habiendo querido escuchar su voz, se retiró este declarándole que el Señor haría estallar sobre él sus venganzas. Este príncipe emprendió temerariamente contra Joas, rey de Israel, una guerra, cuyo suceso le fué desgraciado. Quedó prisionero, y los tesoros del templo y de la casa del rey fueron saqueados. Despues se formó una conspiracion contra este príncipe en que fué muerto.

Le sucedió su hijo Ozías, que al principio hizo lo que era justo á los ojos del Señor; pero habiéndose hinchado de orgullo su razon, quiso ofrecerle incienso en el altar de los perfumes (6), y el pontífice Azarías y con él ochenta sacerdotes, todos llenos de valor, se le opusieron. El los amenazó, y en el mismo instante el Señor le hirió con una lepra que le cubrió hasta la muerte. Esta viva resistencia de los sacerdotes muestra que entonces el culto divino estaba en su vigor; sin embargo, Isaías en los seis primeros capítulos de su profecía, nos hace una horrorosa pintura de los desórdenes que reinaban en Judá hácia el fin del reinado de este príncipe ó bajo el de Joatan su sucesor. No se veía en él mas que injusticia, desarrreglo, lujo, vanidad, avaricia y todos los otros males que acompañan de ordinario á la opulencia y la prosperidad. El profeta declara contra la idolatría, como contra un mal muy común (7). Así, cuando la Escritura habla ventajosamente de la piedad de Ozías, parece que se debe restringir este elogio á sus primeros años, y al tiempo en que siguió los consejos de Zacarías el que veía (8), es decir ántes que se hubiese ensoberbecido contra el Señor. El fin de su reinado no fué feliz, ni exento de desórdenes: el crimen de idolatría no fué á la verdad en él ni público ni dominante; pero fué á lo ménos tolerado en lo particular (9).

V.
Reinados de
Joatan y de
Acáz.

Joatan hizo lo que era agradable al Señor (10), y se condujo en todo como lo habia hecho su padre Ozías en los primeros años de

(1) 4. Reg. xv. 2. 3. 6. et seqq.—(2) 2. Par. xxiv. 17. et seqq.—(3) 2. Par. xxv. 20. 21. 22.—(4) 4. Reg. xiv. 2. et seqq.—(5) 2. Par. xxv. 11. et seqq.—(6) 2. Par. xxvi. 16. et seqq.—(7) Joai. i. 28. 29. et ii. 6.—(8) 2. Par. xxvi. 5. et 16.—(9) Véase el comentario sobre Isaías, l. 5.—(10) 4. Reg. xv. 34.

su reinado; pero Acáz destruyó todo el bien que habian hecho sus predecesores, sumiendo de nuevo á Judá en toda suerte de desarréglos (1). Resucitó el culto de Baal y el de Moloc; consagró su propio hijo á esta falsa divinidad haciéndole pasar por el fuego, y sacrificó sobre las alturas y en los bosques consagrados á los ídolos. Un día que iba á Damasco para dar gracias á Teglafalasar que habia venido á librarle de los reyes de Siria y de Israel, vió un altar de una especial forma, y habiendo concebido el designio de hacer uno semejante, dió la comision al gran sacerdote Urfas que la desempeñó puntualmente; le puso en el templo del Señor que la desempeñó puntualmente; le puso en el templo del Señor donde estaba el de los holocaustos, é hizo poner á este en un lugar separado al norte del atrio (2); y vuelto á Jerusalem ordenó que no se quemasen ya las victimas sino sobre este altar nuevo. Hizo tambien otras mudanzas en el templo sosteniendo siempre el carácter de un príncipe impío y rebelde al Señor. Isaías (3) que vivió bajo su reinado, nos le pinta como un rey obstinado y falto de fe y de sumision al Señor; como un príncipe no solo incómodo é insoportable á los hombres, sino tambien odioso al mismo Dios. El autor del libro iv. de los reyes nos asegura que Acáz adoró á los dioses de Damasco y de Siria, fundado en este ridiculo discurso: los dioses de Siria ayudan á los que los adoran, yo quiero pues adorarlos para hacérmelos propicios (4). Se vió obligado á tomarse todo el oro y plata de la casa de Dios para darle al rey de Siria; cerró el templo del Señor é impidió que se ofreciesen los sacrificios acostumbrados, que se encendiesen las lámparas y que se quemase el incienso sobre el altar de los perfumes, y erigió altares en todas las extremidades de Jerusalem, y en todas las ciudades del país. Tal fué el estado de la religion en tiempo de Acáz.

Todos estos desórdenes fueron reparados por Ezequías, su hijo y sucesor (5). Abrió el templo, restableció los sacrificios, purificó y reparó la casa del Señor, abatió los altares y los ídolos de los falsos dioses, y envió tambien á invitar á los restos de las diez tribus que habian quedado en su país, despues que Salmanasar hizo cautivos y llevó consigo á sus hermanos mas allá del Eufrates para que viniesen á tomar parte en las fiestas y sacrificios del Señor. En fin, se vió en su reinado renacer la religion, la justicia y la piedad en Judá. No se le reprende sino la vana complacencia que tuvo de manifestar á los embajadores de Merodac Baladan las riquezas que poseía (6), y puede proponerse como el verdadero modelo de uno de los mas perfectos príncipes que reinaron en Judá. Es no obstante incontestable que en su reinado hubo grandes desórdenes en el país. Isaías en el capítulo xxviii. de su profecía hace invectivas contra la intemperancia de los Judios y aun de los profetas y sacerdotes del país y sus excesos en el vino. Los grandes se burlaban de las amenazas de los profetas y las ridiculizaban. Ellos tenian puesta su confianza en la mentira, y habian hecho alianza con la muerte. Bajo los mejores príncipes ha habido siempre muchos abusos que no se pueden reprimir del todo.

VI.
Reinado de
Ezequías.

(1) 4. Reg. xvi. 2. et seqq.—(2) 4. Reg. xvi. 10. 11. 12. et 2. Par. xxviii. 1. et seqq.—(3) Isaí. vii. viii. ix.—(4) 2. Par. xxviii. 23. et seqq. xxix. 7.—(5) 4. Reg. xviii. 4. 6. 8. et 2. Par. xxxix. xxx. xxxi.—(6) 2. Par. xxxiii. 31. et Isai. xxxix. 1. et seqq.

Manases, hijo de Ezequias, justificó lo que frecuentemente se ha notado, que los hijos rara vez son semejantes á los padres. En los primeros años de su reinado fué uno de los mas grandes monstruos de impiedad que jamas se ha visto. Se abandonó á toda suerte de idolatrías, restableció los templos de los falsos dioses que su padre Ezequias habia demolido: adoró á Baal y á los astros, y consagró bosques á los ídolos (1); erigió altares á los falsos dioses hasta en el pavimento del templo del Señor, y colocó en él un ídolo. Hizo pasar á su propio hijo por el fuego, y se aplicó á toda suerte de adivinaciones, de supersticiones y de magias. En fin, parece que se propuso hacer revivir y aun aventajar todas las impiedades de Acaz: anadió á esto una infinidad de homicidios y otros males en que envolvió á su pueblo; pero habiendo Dios permitido que cayese en las manos de los Asirios que le llevaron á Babilonia y le tuvieron en prision (2), esta desgracia le abrió los ojos, hizo penitencia y obtuvo misericordia. Vuelto á Jerusalem reparó el escándalo que habia causado á su pueblo, destruyó los altares y arruinó las estatuas que habia erigido en la casa del Señor; restableció el altar de los holocaustos é hizo ofrecer en él sacrificios: en fin, ordenó á todo su pueblo que adorase al Señor. Lo único que faltó á su perfecta conversión fué, el no haber impedido en Judá que se adorase y ofreciesen sacrificios é inciensos sobre las alturas. Su hijo Amon se aprovechó mal de sus últimos ejemplos, y habiéndole imitado en todos sus extravíos, no lo hizo así en su conversión á Dios y en su penitencia (3).

En toda la Escritura se alaba á Josías como un príncipe de una piedad verdadera y sólida, y no ha habido despues de David otro alguno que haya merecido mayores elogios. Es preciso confesar, sin embargo, que los principios de su reinado se resintieron de los desórdenes del de Amon su padre. El profeta Sofonias (4) que vivia entonces y ántes de la toma de Ninive, habla con mucha vehemencia contra los crímenes de Judá, declama contra la idolatría y reprende al pueblo porque adoraba los astros sobre los techos, porque juraba en nombre de Melcom y volvia la espalda al Señor; en una palabra, nos da idea de un reino muy corrompido y desarreglado. Jeremias que comenzó á profetizar en el tercer año de este príncipe, se explica todavia con mas viveza, y nada se puede anadir á la pintura que hace de este estado en los primeros capitulos de su profecía. En fin, se ve en el segundo libro de los Paralipómenos (5), que ántes del año décimooctavo del reinado de este príncipe, la Arca del Señor no estaba en el santuario, y los sacerdotes la llevaban de ciudad en ciudad. Desde el año octavo de su reinado comenzó este príncipe á buscar al Señor (6), y en el duodécimo á purificar á Judá y á Jerusalem; pero no acabó esta grande obra hasta el décimooctavo. Entonces fué, cuando oyendo la lectura del libro de la ley que se habia encontrado en el templo (7), rasgó sus vestidos y envió á consultar á la profetiza Holda sobre lo que el Señor queria de él, porque comprendió que él y su pueblo merecian los mas terribles efectos

(1) 4. Reg. xxi. 2. et seqq.—(2) 2. Par. xxxiii. 11. et seqq.—(3) 4. Reg. xxi. 20. 21. 22. et 2. Par. xxxiii. 21. 22. 23.—(4) Sophon. i. 1. et seqq.—(5) 2. Par. xxxv. 3.—(6) 3. Par. xxxiv. 3. et seqq.—(7) 4. Reg. xxii. 3. et seqq.

tos de la ira de Dios, y debian esperar que bien pronto estallaria sobre sus cabezas. Desde entonces no pensó Josías sino en reformar sus estados, y en hacer que reinase la religion en ellos. Renovó la alianza con el Señor, destruyó los altares, arruinó las estatuas de los falsos dioses, quitó los bosques sacrilegos, quemó los ídolos y destruyó las alturas, donde hasta entonces se habia tenido la libertad de sacrificar al Señor, é hizo celebrar la pascua con una solemnidad y magnificencia tan extraordinaria, que segun la misma expresion de la Escritura, no se habia visto otra semejante desde el tiempo de Samuel. Mas los criminosos de Judá le hacian indigno de poseer largo tiempo un príncipe tan piadoso y lleno de celo. Josías fué muerto en un combate contra Neco, rey de Egipto, y despues de su muerte, el estado recayó en sus antiguos vicios. Los reyes, sus hijos, obraron el mal delante del Señor (1), se entregaron á la idolatría, cometieron mil violencias y crueldades, y merecieron en fin que Dios, cansado de sus desórdenes, los entregase á los reyes de Caldea. Los profetas Jeremías y Ezequiel, nos describen los males que reinaban entonces, y su descripcion causa horror. El autor del libro segundo de los Paralipómenos (2) dice en general que los príncipes de los sacerdotes y todo el pueblo habian caído en la prevaricacion, y se habian abandonado á todas las inamias de los ídolos; que habian violado la santidad de la casa del Señor, y despreciado insolentemente los profetas que Dios les enviaba, hasta que en fin, llegando al colmo sus crímenes, Dios los entregó á sus enemigos y redujo su país á la soledad. Los profetas Isaias, Miqueas, Jeremías, Sofonias y Ezequiel, les habian anunciado los males que entonces padecieron.

COMPENDIO DE LA HISTORIA

DE

LOS PUEBLOS VECINOS A LOS JUDIOS,

QUE CONTIENE LA DE LOS FILISTEOS, DE LOS FENICIOS, DE LOS IDUMEOS, DE LOS NOABITAS, DE LOS AMMONITAS Y DE LOS SIROS DE DAMASCO, PARA FACILITAR LA INTELIGENCIA DE LAS PROFECIAS QUE LES CONCIERNEN.

Los profetas del Señor no limitan sus avisos á los reinos de Israel y de Judá; tambien han tenido por objeto los estados vecinos á estos dos reinos, ya por incidencia cuando los negocios de los Hebreos se mezclan con los de estos pueblos, y ya de una ma-

I.
Para enten-
dar las pro.

* (1) 4. Reg. xxiii. 32. 33. xxiv. 9. et 19. et 2. Par. xxxvi. 5. 9. 12.—(2) 2. Par. xxxiv. 14. et seqq.